

Meteoritos



POR CARLOS
PÉREZ CONDE

Técnicos

MARIBEL. Gloria y José Antonio fueron los primeros que conocí. A él aún antes de coquetear con la radio, cuando me encargaba de la megafonía del frontón Labrit, sede por entonces de Oberena, la escuela de deportes de la Iglesia. Radio Popular mantenía el concurso musical *Sólo los mejores*, que celebraba galas vespertinas dominicales en el citado recinto deportivo. José Antonio conectaba los aparatos, encendíamos el receptor de radio y quedábamos atentos a la sección de discos dedicados de la emisora. La inclusión de su nombre entre las dedicatorias encerraba el mensaje de que el sonido llegaba desde el frontón a la estación radio-difusora. Aquellos técnicos de sonido, los *controlistas*, gozaban de gusto exquisito para los montajes musicales y la elección de sintonías y poseían una destreza manual envidiable. Resolvían en directo cuantas propuestas les formulaba el conductor del programa. Lo mismo pinchaban disco tras disco en las estrías deseadas que componían un bloque de cuñas publicitarias con un margen de quince segundos para rebobinar y extraer un pequeño carrete y colocar y bobinar otro. Casi siempre sin pausas y atentos al equilibrio en la modulación del volumen. Imprescindibles y brillantes, pero menos notorios que las voces. Las radiofórmulas musicales prescindieron de su función, de modo que el disc-jockey habla y maneja discos, antes, ordenador ahora, y la mesa de mezclas. La progresiva reducción de programas con guión que incluía ambientación musical y efectos sonoros grabados ha restado exigencia artística y manual a su tarea. La implantación de los soportes y medios informáticos los ha obligado a una nueva formación profesional y ha simplificado el trabajo ordinario. También se ha vuelto contra estos especialistas, pues los periodistas cubren su cometido en algunos tramos informativos. Una aplicación economicista de la tecnología ha reducido, todavía no extinguido, la nómina de técnicos de sonido. La radio en Navarra celebra este año su 75 aniversario, 1933-2008. La memoria ha sido reconstruida con el testimonio de locutores y periodistas de diferentes generaciones. Descripción, análisis y comparación han dibujado la evolución de la radio navarra cumplidos tres cuartos de siglo de vida. Se han hecho conjeturas sobre su futuro. Pero los técnicos han quedado ignorados al otro lado del cristal. Y también han sido actores y creadores. Su aportación profesional es imprescindible y compleja. Como cuando animan y dinamizan un carrusel deportivo. Como cuando los múltiples enlaces exteriores deben salvar las dificultades del entramado sanferminero. Como cuando técnico y coordinador han de compenetrar sus acciones, sin contacto visual, en la complicada retransmisión del encierro. Reconocimiento y gratitud.



Y tiro porque me toca

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

Semana negra

A mi me hubiese gustado escribir de la muerte, tan callando de Mikel Laboa, o mejor me hubiese gustado escribir de su vida, de su obra, de sus poemas hechos canciones con sabor a niebla y a silencio, con pájaros y ventanas abiertas a los dones de la existencia y al legítimo deseo de una vida mejor; esto es, me hubiese gustado escribir sólo de la vida y no verme obligado a hacerlo del ruido en el que vamos viviendo y del asesinato del empresario Ignacio Uria en Azpeitia, perpetrado a todas luces por ETA para manifestar su oposición al Tren de Alta Velocidad por territorio vasco. Pero no sé cómo mezclar la poesía con el crimen, con el crimen rutinario hecho rito, ceremonia a fecha fija, o móvil, tanto da, celebrada por parte de quienes se permiten el lujo de tutelar los movimientos sociales del país cuyos intereses dicen defender a punta de pistola. No lo sé, pero parece que los acontecimientos de esta semana se mezclaran solos y fueran todos negros. El repaso de los titulares de prensa, el ruido de las hojas de los periódicos, algo más que el ruido de la furia, el recuerdo de las imágenes vistas, el tronar también de las palabras de más y el peso de las palabras de menos, todo deja un eco y un color tan oscuro como las entrañas del albatros de mal agüero en las manos de los marineros a la deriva.

Me hubiese gustado escribir sólo de la desvergüenza nacional cifrada en cómo se han esfumado todas las copias del informe secreto del Gobierno español que prueba la complicidad plena y radicalmente dolosa de Aznar con los vuelos de Guantánamo. Y digo dolosa porque si los vuelos hubiesen sido legales, no hubieran buscado de manera lacayuna aeropuertos discretos para las escalas técnicas de aviones que transportaban detenidos rumbo a la tortura impune, la detención ilimitada y la absoluta falta de las más elementales garantías jurídicas, fundacionales todas, porque vamos camino de que esas prácticas se generalicen y tengan plena cobertura legal. Quien sugiera aeropuertos discretos, dentro de un máximo secreto que no protegía en modo alguno intereses nacionales, sino intereses ajenos, sabía que lo que se traían entre manos era criminal, más que ilegal. Altos funcionarios españoles han sido cómplices de crímenes de Estado. Quien se ha permitido el lujo de colaborar en detenciones, traslado ilegales y torturas, puede muy bien emplear esos peculiares conocimientos en interés propio o de sus amos de ocasión.

Pero qué se puede esperar de un país en el que unos funcionarios desconectan la alarma que llevaba un acosador condenado por agresión y en permiso carcelario, porque los pitidos resultaban molestos, lo que le permitió matar y herir sin que

nadie pudiera impedirlo. Hecho éste que por la poca relevancia social de la fallecida, el escenario rural y pasablemente deprimido del crimen y demás circunstancias sociales, va quedando en un segundo plano, ése al que va a parar el goteo impasible de crímenes en los que son víctimas las mujeres, parejas o ex parejas de sus verdugos, que han decidido vivir por cuenta propia la propia vida.

Hay semanas que toca hacer de *croque-mort*, algo así como *masca muerta*, esos personajes de las pompas fúnebres del país vecino cuyo oficio consiste, hoy, en acompañar las exequias de los fallecidos y que ponen en los actos la debida ceremonia, su poco de pompa, de manera pro-

tolocaria, como lo fueron las de las plañideras. Plañideras pues, sepultureros de papel, linchadores ídem más que justicieros, raras veces *removedores* de conciencias, casi nunca pacificadores. Decimos lo que se espera que digamos, cada cual en su papel, poco más, y regresamos a nuestros asuntos. Nuestros enemigos nos dan una sólida cohesión social. Estamos todos muy convencidos de casi todo, y al parecer somos muy listos y no nos dejamos engañar por ideas que repudiamos y a las que no nos acercamos, no vayan a contagiarnos. Por eso llamamos cuando deberíamos hablar, por eso hablamos cuando lo mejor sería que estuviésemos callados y dejásemos hablar solo a los gurús, a los que cobran por ello, a los verdaderos profesionales, los que llevan la voz cantante o la pistola. Hablando o callando siempre seremos el bellaco, el cobarde, el hideputa de alguien. Nuestras condenas y nuestra repulsa son baldías, insuficientes siempre, en la medida en que no le damos la razón al verdugo. Si dijéramos, *Tiene usted toda la razón señor verdugo, sentémonos a conversar, hablemos de su guerra, sirva unos Bloody Mary, ya que son la especialidad de la casa*, y terminásemos por admitir que hoy por Uria, mañana por mí o por ti, muertes todas necesarias para la buena marcha de la historia rectificada y para *superar con éxito el marco del conflicto*, las cosas irían sobre ruedas, pero no van porque todavía nadie escoge por gusto el papel de cordero pascual en esta tragedia.

Con los años, y a base de escribir sobre lo mismo, con casi las mismas palabras, te preguntas por fuerza si la rutina de las palabras de condena y condonancia que siguen a la rutina del terror sirven para otra cosa que para acallar tu propia conciencia y, como mucho, para preguntarte si tú tienes arte o parte en la ceremonia del terror, algo que por cierto llevó Vanessa Redgrave a la película *The Fever*, dirigida por su hijo, aunque las ideas expuestas fueran suyas y bien suyas. ¿Qué podemos hacer con la conciencia del horror, de la injusticia y de la opresión a cuestas? ¿En qué medida somos cómplices involuntarios o forzados del horror en el que vivimos tanto de lejos como de cerca? ¿Qué podemos hacer ante la certeza de las pretensiones totalitarias, autoritarias, cuyo objetivo es avasallar nuestras voluntades? ¿Cuál es el sentido de nuestras palabras y de nuestros actos con esa conciencia a cuestas? Y, sobre todo, ¿qué podemos hacer? Yo escribo, tú me lees, nuestras palabras a veces se cruzan, nos entendemos, no nos entendemos, y el otro, a quien ni tus palabras ni las mías le importan un carajo, mata, y algunos, sólo algunos, cantan, al margen del matadero, para que el vuelo del pájaro, negro o blanco, no sea siempre de mal agüero.

Parece que los acontecimientos de esta semana se mezclaran solos y fueran todos negros

¿Qué podemos hacer con la conciencia del horror, de la injusticia y de la opresión a cuestas?

De aquí...



POR PABLO
ANTOÑANA

'Jodo petaca'

ESCOJO para titular de este escrito la expresión coloquial que, junto a la de *Dioro Baco*, es de mi gusto y complacencia aún no siendo cultas, y más bien de uso en mesas de taberna. Ignoro sus significaciones, si es que las tienen, y que renuncio a investigar. Surgieron de lo recóndito de mi conciencia, donde desde hacía años estaban dormidas, casi criando roña y, sin quererlo ni advertirlo, despertaron en mi boca un mediodía de sol tibio y cielo limpio. Ocurrió en una calleja de la capital administrativa de una provincia a la que los pobladores indígenas se empeñan en llamarle Reyno, y yo les dejo, razones tendrán de *ilustres varones* como los de la antigüedad remota así dijeron. La vieja calle, lecho de río seco, de golpe, y sin aviso de tambor ni trompeta, se llena de tropel de gente bien vestida, cuarenta o cincuenta, como si con apuro hiciesen viaje a boda, sepelio, misa mayor o *almuerzo de trabajo*. Parecía gente importante por las relucientes medallitas que colgaban del *pescuazo*, y sus trajes de cocherito a la Grand'Aumont, y no por el tropel compacto de rebaño que busca el redil, en este caso el restaurante de lujo donde, se suponía, iban a platicar largo y tendido sobre cómo tratar la crisis. Eran los mismos que en los tiempos de bonanza negaban el papel, la tinta para el ordenador, los libros necesarios a la escuela pública, las mejoras en la sanidad, propiciaban el gran fraude de la vivienda y cobraban dietas y demás gajes en sociedades fantasma en las que tenían asiento pero no lo calentaban. Los que sustituyeron la memoria por el olvido, el grito vindicativo por el silencio, la fogosidad airada por la mansedumbre sorda, el *cuando dije Diego quise decir digo*, y corrompen el castellano cuando dicen *pis* (no la del orinal sino *peace* en inglés) por *paz*, estar *down*, por estar *mal*, de *capa caída*. Caminan como compacta tropa en marcha de campaña, no se sabe bien quién es el jefe, no los distingues ni la estatura, ni el uniforme, ni los andares, pero ocupan la calle y los viandantes se echan a las orillas para dejarles paso, se lo merecen. En medio de todo es un espectáculo que el viandante no puede perderse, mejor ocasión nunca, cuando tanta gente importante junta, en séquito sin obedecer a ceremonial ni protocolo, enjambre ceñido alrededor de la reina que marca el paso, y van a recibir en mesa de mantel de hilo, instrucciones como en la catequesis o en el banco de párvulos, y que saben que *quien se mueve no sale en la foto* (genial invención de la nueva democracia). Observa la formación cerrada, identifica los rostros con los que salen en la foto todos los días, pues sin foto ni fotógrafo no serían nadie ni nada. Y cierran el grupo esos hombrachos que parecen levantadores de pesos del circo, o forzudos de lucha libre, y que los escoltan protegiéndolos de su miedo a nada, o es custodia de lujo. Es cuando el viandante saca su dormido y campesino *jodo petaca*, *Diuro Baco*, lo oyen los gorilas, muestran sus rostros ariscos y, sin haber entendido nada, gritan ofendidos: qué pasa..., *Diuro Baco*.